

CONSEJO DE REDACCION

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), P. Sergio Schmidt (Mendoza), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata).

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

<i>Los jóvenes y el sentido de la vida</i>	3	
<i>Mariano Donadío y Carlos Guyot</i>	7	Postales de juvenlandia
<i>Martín Ricur</i>	13	La Iglesia joven de Argentina
<i>Marguerite Léna</i>	23	Educación y Valores
<i>Rafael E. Sassot</i>	33	Iuvat Vita! Vale la pena vivir
<i>C. Hoevel</i>	41	Educación y contemplación
<i>Ron Austin</i>	51	Hollywood y los jóvenes
<i>Florian Pitschl</i>	55	“Si no os volveis como los niños”
<i>Thérèse de Lisieux</i>	68	Mon chant d’aujourd’hui
<i>Virginia Azcuy</i>	69	Cuando el instante se llama Jesús
<i>Julia Alessi de Nicolini</i>	81	La glorificación de la Trinidad

Postales de juvenlandia

por *Mariano Donadío**
y *Carlos Guyot***

“¡Sombra terrible de Facundo, yo te invoco!”, decía Sarmiento al comenzar su libro, con la certeza de que convocaba la presencia de un espíritu díscolo, capaz de causarle más de un dolor de cabeza, o, lo que es peor, no aparecer y dejar al escritor sin personaje.

Hagamos nosotros lo mismo. Comencemos estos párrafos sabiendo que tratamos de aprisionar al viento, escribir en el agua, reducir y limitar lo que es pasajero e inaprensible por definición: la juventud. ¡Sombra (¿terrible?) del joven, yo te invoco!.

¿Dónde encontrarnos con la sombra del joven? ¿Por qué no en su habitación, esa madriguera que resulta caótica para quien llega de afuera? Ahora bien, hagamos un esfuerzo para entender su lógica interna, y tratemos de mirar con ojos vírgenes el espacio que nos habla de aquel tras cuya sombra estamos.

Hoy, en el cuarto de nuestro joven imaginario conviven la foto de Luis Miguel, revistas con una diagramación que remite a la psicodelia de los '60, un CD con remixes de música disco de los '70, otro de U2, un póster del Che, un DNI en mal estado, una TV, y una foto de Diego Maradona, entre otras cosas...

El espejo

Hay una pila desordenada de revistas. Tomemos una. Mala suerte: no es para jóvenes, pero la mayoría de ellos no leen revistas para jóvenes. Esta nos ofrece una encuesta en tapa y nos invita a un ejercicio irresistible: “Cómo saber si el amor de su vida es el amor de su vida”. Pero vayamos por partes.

Juventud, divina encuestada. Los medios de comunicación tienen la costumbre periódica de encuestar jóvenes. Cada dos o

*Mariano Donadío, 1967, es licenciado en Ciencias de la Comunicación y docente.

**Carlos J. Guyot, 1969, es periodista, director de la revista Buenas Nuevas de Cáritas San Isidro.

tres meses son nota de tapa: “¿Qué piensan los jóvenes?” A qué edad tuvo su primera relación sexual, si confía en los políticos, si está de acuerdo con los planes de estudio... Mirar al joven es mirarse. Si los jóvenes, por ejemplo, manifiestan no creer en los políticos, la sociedad concluye que su sistema político es venal, y que es lógico que se descrea de sus gobernantes. Parece contemplar a la juventud con una mezcla de temor y fascinación, y trata de medirla y de ponerle nombres, que es una forma ilusoria de poseerla.

En torno a las encuestas y sus interpretaciones se crean entonces ciertos slogans de la escasez: “los jóvenes de hoy ya no tienen modelos, ni ideologías, ni motivaciones profundas”. ¿Es que acaso abundan entre los adultos? La pregunta retórica no sirve más que para señalar una contradicción habitual: la de querer explicar nuestras vidas a partir de la de los demás. “Por eso estamos como estamos, porque con esta juventud a dónde querés que estemos”.

Quizás la juventud sea el espejo que nuestra sociedad elige para verse a sí misma, de entre todos los espejos posibles. No nos gusta vernos en el anciano porque nos deprime; vernos en el niño nos produce una cierta incomodidad —porque, se sabe, los niños no mienten— y, para adultos, ya estamos nosotros, seres aparentemente tan aburridos como poco cautivantes...

Como diría Thomas Merton, “los jóvenes no son islas”, y su espejo no hace más que reflejar, a veces de manera exagerada, las grandezas y pequeñeces del resto de la sociedad. De hecho, los jóvenes viven —y sufren— en un mundo cuyas reglas de juego no fueron establecidas precisamente por ellos. Resumamos: nuestro joven es, en parte, nuestro espejo.

La brecha

¿Por dónde se abre paso la brecha generacional? Pasemos a la *otra* nota de la revista que encontramos en la habitación de nuestro joven: aquella que nos invita a descubrir si el amor de nuestra vida es el amor de nuestra vida. Pero esta forma de conocer la propia vida no es patrimonio exclusivo de los jóvenes: en este juego de descifrar nuestras existencias a partir de test mediáticos también entran los adultos. En sus estantes —por ejemplo— pululan los libros acerca de cómo convivir con un adolescente, con todo el voluntarismo de la autoayuda puesto al ser-

vicio de la armonía generacional. Existe la esperanza de que uno, tal vez, puede ser joven como el dueño de aquella habitación, y compartir puntos de vista, valores, y modos de vida en plácida síncreisis.

La insoportable liviandad de ciertas corrientes contemporáneas del buen vivir invita: "*Seis caminos para no discutir con su hijo*", "*Todas las respuestas a preguntas incómodas de un adolescente*" ¿Desde cuándo un adolescente realmente pregunta lo que está preguntando? No saber leer entre líneas es como no saber leer.

En esa esperanza de convivencia armoniosa con el adolescente radica la ingenuidad del adulto: la presencia del joven en la casa de uno es conflictiva por definición. Si los jóvenes y los adultos observan al mundo desde ese mismo lugar, quiere decir que alguno de los dos está mirando desde el sitio equivocado. Ahora bien, si jóvenes y adultos estamos expuestos a las corrientes que intentan borrar de la faz de la tierra la brecha generacional, ¿por dónde se abre paso la *real* brecha generacional? No por el lado de las ideologías, definitivamente.

Tal vez, una clave evidente pueda encontrarse más en el "hacer" que en el "ser". El joven como "homo faber" tiene sus particularidades: puede navegar como delfín por la Internet, o bajar escaleras montado en sus rollers, o bailar de 2 a 6 a.m. sin pestañar, y hasta puede comprender, aguantar y disfrutar más de 15 minutos seguidos de la MTV.

Si en casa hay una computadora es "gracias a" o "por culpa de" el joven de la habitación. "¿Cómo pueden hacer zapping a esa velocidad sin volverse locos?". "Vivir de noche y dormir de día durante los fines de semana es un despropósito". Resumamos: la brecha generacional es difusa, cambiante, casi tan huidiza como la propia sombra de nuestro joven.

¿Desde dónde y hasta cuándo?

Volvamos a la habitación. Abramos el DNI en mal estado y miremos la foto que, inevitablemente, poco nos dice acerca de la identidad del dueño de la habitación. Sólo nos dirá que se llama fulano de tal, y que *es* joven porque tiene entre 15 y 25 años. Ahora bien: ¿Cómo hizo para empezar a ser joven? ¿Y cómo hará para dejar de serlo? Los pueblos antiguos tenían sus ritos de pasaje: sobrevivir en la jungla, o matar a una fiera. Nosotros no,

y estiramos los límites de la juventud hacia atrás y hacia adelante. La primera fiesta ya tiene lugar a los once años, el casamiento suele llegar después de los veintiseis.

Por eso, hoy los ritos de iniciación en el mundo de la adultez son varios, desperdigados a lo largo de este lapso de tiempo. El primer cigarrillo. El viaje de egresados. La primera relación sexual. El primer trabajo pago. El primer tango con el cual uno se pone de acuerdo. Pero la línea entre juventud y adultez sigue siendo muy difusa. ¿Cuándo se empieza a ser joven? ¿Cuándo se deja de serlo?

Algunos escenarios —de acuerdo a las tribus— marcan etapas. Casi todo comienza con fiestas en casas de amigos/as. Más tarde llegan los “boliches”. Pero también existen los Shops 24 hs. de las estaciones de servicio, los locales de juegos electrónicos, la propia habitación —que hoy estamos conociendo— durante la inevitable etapa de ostracismo, y para los menos afortunados, la calle. Resumamos: nuestro joven es joven por mil razones a la vez, y por ninguna en especial. Tal vez sea joven, simplemente, porque tiene entre 15 y 25 años. Definitivamente, no existe un rasgo distintivo universal que defina su ser joven.

Tiempo loco

En la pared de la habitación de nuestro joven cuelga un póster del Che, sin que esto implique posición ni compromiso alguno. Después de siglos de jóvenes que se limitaron a reproducir el pasado (porque era un Pretérito Perfecto) y décadas de jóvenes que se le rebelaron (porque esperaban un Futuro aunque éste fuera Indefinido), tenemos a los jóvenes de Presente Eterno. No idealizan al pasado ni depositan sus expectativas en el futuro. Una generación sin nostalgias ni añoranzas de paraísos perdidos. Estando de solo estar.

Para nuestro joven la Historia es un hipermercado del que se lleva pequeños objetos que no lo incomoden: hay remeras con el rostro de Ghandi, del Che, de Mickey, y JFK cae simpático porque murió fatalmente era más o menos joven. Antes la Historia se asumía en bloque: era un supermercado mayorista que vendía solamente dos o tres artículos.

En Roma, ser ciudadano era tener la capacidad —y los medios— para ocuparse de la cosa pública (criterio que, por otra parte, dejaba afuera a la mayor parte de la población romana).

En el siglo XIX, ser ciudadano era ser un trabajador. Hoy, que la lógica de mercado parece haber invadido casi todos los ámbitos de la vida pública, es nuestro joven el que reúne las características exactas del ciudadano paradigmático de los nuevos tiempos: un consumidor despreocupado que tiene la capacidad económica de gastar y no carga con una familia. En el futuro ¿la aspiración social será la de configurarse a su imagen y semejanza? Entre nosotros ya existen algunos patéticos casos de quienes creen haber encontrado la fuente de la juventud eterna, bisturí mediante, en un quirófano. Resumamos: nuestro joven es el sujeto ideal sobre el que se reproduce el mercado.

Modas y modelos

Miramos la foto de Diego Maradona en la habitación de nuestro joven, y nos lo imaginamos diciendo: “Yo no tengo modelos. Trato de ser yo mismo”. Una paradoja, un sistema cerrado en sí mismo: yo soy mi propio modelo. Si hay figuras que admirar, se admira de ellos lo que saben hacer. Maradona por su forma de mover una pelota. Eleonora Cassano, por su forma de bailar, Ernesto Sábato por su inteligencia... de todos algo puntual, exactamente determinado, y paremos de admirar. No hay una figura que impulse a ser imitada por su totalidad, por el conjunto de su vida.

En lo que a moda se refiere, se dice que ésta es la época del vale todo. La moda aconseja ser libres y mezclar ropas y épocas. Pero como muy pocas personas soportarían una libertad de este calibre –“¿ponerme lo que quiera?”– la moda recomienda usar *este* tipo de prenda, de *esta* época determinada, usada de *esta* forma, lo cual se traduce en una libertad rigurosamente determinada. La moda *grunge* aconseja comprar suéteres de segunda mano, jeans gastados, poleras con dibujitos animados de los ‘60, etc. etc. Desde afuera, los que contemplamos este malentendido comentamos lo libres que son, y qué falta de criterio tienen para elegir su ropa y combinar los colores. Resumamos: nuestro joven no admira a nadie en especial, y sigue tan pegado a la moda como su par de los ‘60.

Homo zapping

Pensar que antes había un solo televisor en la casa, que emitía la programación de un único canal. Hoy la oferta de un

canal de cable orilla la sesentena de posibilidades y parece no haber otra alternativa que hacer zapping. Una televisión hecha de fragmentos, de imágenes que pasan a galope tendido, todas del mismo valor.

Si la experiencia estética modela al que la contempla, nuestro joven imaginario de los '90 es la primera generación del homo zapping, un ser acostumbrado a vivir impávidamente en la simultaneidad, en la multiplicidad, en el caos del exceso de información. El mundo se parece entonces a un gran hall central con miles de puertas abiertas, que difícilmente se trasponen. No hay tiempo para profundizar dentro de ninguna habitación, porque nuevas puertas deben ser abiertas.

La televisión y el monitor de la computadora son hoy las verdaderas ventanas de su habitación. Junto con los equipos de música, forman el horizonte tecnológico habitual por donde muchas veces también se revela la brecha generacional.

En la habitación de nuestro joven imaginario también encontramos el CD de U2, la banda irlandesa que más ha reflexionado acerca del fenómeno del rock. Algunos críticos aseguran que el verdadero rock ha muerto (aunque muchos siguen cobrando su pensión), sin embargo, U2 todavía tiene algo que decir al respecto: *"Si tomás el amor de los hippies de los '60, y el odio de los punks de los '70, creo que nuestra música resulta una combinación contrapuesta de ese amor y ese odio"*. Resumen su propuesta en la siguiente frase: *"la sensación más poderosa que tenemos es de incertidumbre, pero la incertidumbre también puede ser una guía"*. Resumamos: nuestro joven es un homo zapping, y —sin ninguna preocupación— se siente guiado por la incertidumbre.

Mientras tanto, descubrimos que es imposible lograr lo imposible: aprisionar al viento, escribir en el agua, reducir y limitar lo que es pasajero e inaprensible por definición: la juventud. Porque si bien caracterizamos a nuestro joven como aquel que es el espejo del adulto, que no admira a nadie en especial, que no añora paraísos perdidos y demás, miles de jóvenes caminan por la calle sin respetar tan sólo una de esas premisas.

La sombra de nuestro joven se esfuma irremediablemente, y con una sonrisa nos advierte que su "ser joven" sólo está aproximadamente disponible para aquellos que se atrevan al encuentro personal sin marcadores ni etiquetas en la mano.